



CARAS Y APETAS

SEMANARIO FESTIVO
2.ª EPOCA

Director: ARTURO A. GIMENEZ

MUERTOS ILUSTRES
MONSEÑOR FEDERICO ANEIROS
JEFE DE LA IGLESIA ARGENTINA



AÑO I
N.º 28
Setiembre 9 de 1894
PRECIOS SUSCRICION
MONTEVIDEO-DEPARTAMENTOS

Un mes	\$ 1.00
Seis meses	" 5.00
Un año	" 9.00

EXTERIOR

Los mismos precios en moneda equiva.
lente con el aumento del franqueo.
Número corriente 30 centesimos - Número atrasado 40 centesimos

•VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS.
•SE PUBLICA LOS DOMINGOS.
Oficinas Provisorias: CALLE URUGUAY, 301
MONTEVIDEO.

SUMARIO

TEXTO—«Zig-Zag», por Arturo A. Giménez—«Bragos de mi pluma», por E. Kff—«La peluca de don Casto», segunda jornada, por Juan Torrendell—«El tesoro escondido», por Nemo—«Para Ellas», por Alina Doré—«Teatro», por Bo-Semol—«Sport», por Zapicán—Menudencias—Correspondencia particular—Sección recreativa.

GRABADOS—«Monseñor Federico Aneiros», por M. Correa—«El arte en los salones—Señorita Rosa Carril», por Aurelio Giménez—«Mundo social—El baile en el Club Uruguay», por Wimplaine—«Buscando»—«Chiripá for ever», por Wimplaine—«Juan Torrendell»—«Para Ellas» (retrato de dama)—«Marino Mancinelli» y varios intercalados en el texto por Aurelio Giménez.



Estamos en plena epidemia, lectores. Es decir, la epidemia es la que está en nosotros, por desgracia.

¡Claro! Resultado inevitable de las fiestas!

Que no impunemente pasa uno cerca de ciertas fuentes luminosas en día de fiesta patria; porque la verdad es que si bien la célebre fuente no iluminaba maldita la cosa, mojabá con ensañamiento.

La explicación natural de este hecho sería que la fuente en vez de recibir el agua se la arrojaba á los transeuntes con la malvada intención de regalarles una pulmonía hidráulica, por estar mal construída.

Pero, según la gente, no era esta explicación la acertada, y así lo oí decir por allí á uno que se llevaba un océano de contrabando, cuidadosamente oculto en todos los poros de su ropa y piel.

—¿Moja la fuente, eh? le decían.

—Nó; el agua es la que moja.

—Ya, pero el agua moja porque la fuente está mal construída.

—No, hombre; si la han construído especialmente, de manera que lo haga así.

—¿Y para qué?

—Porque como la fuente costó tres mil y pico de pesos y luego resultó que era tan luminosa como si hubieran encargado á un zapallo de hacer el papel de foco eléctrico, la Comisión decidió que echara más agua de la que puede contener.

—¿Pero, con qué objeto?

—Para que viendo convertidos los tres mil pesos en agua, nadie pudiese decir que se habían hecho humo.

Gracias á esto, cuanto bicho viviente pasó cerca de allí, se llevó á su casa un resfío conmemorativo capaz de matar un rinoceronte despreocupado.

Añádase á esto los que se llevaron también los pequeños de las escuelas.

Chico había entre estos que no parecía sino que llevaba en vez de nariz, un tomate irritado con la zanañoria que sustituyendo al aparato nasal llevaba el compañero de al lado, porque todos, el que más el que menos, lucía muy fresco una hortaliza de buen calibre y mejor color en la mitad del rostro.

Naturalmente, la *influenza*, aprovechando las excelentes condiciones en que para recibirla se hallaban los tales, empezó á hacer de las suyas y hénos aquí apestados en masa.

Hay quien tiene en su casa catorce enfermos incluyendo el gato.

Y como nadie cree que debe hablarse de otra cosa, cuando por casualidad no sucede así, se producen *quid pro quo* furiosos.

El otro día, sin ir más lejos, decía un sujeto á una su vecina de cuarto:

—Doña Facunda está sufriendo horriblemente del trancazo.

—¡Ah! ¿También cayó ella?

—¡Ya lo creo! ¡Como para no caer era la cosa!

—Y ¿qué le ha atacado?

—Las costillas ¿dónde había de atacarle? Si le da en la cabeza la mata.

—¡Eh! Paciencia, ¡esas cosas las da Dios, y...

—¿Dios? No, señora; lo que es á doña Facunda fué su marido que le dió el trancazo ese con una pata de catre, de tal modo, que según dice la curandera, le ha enredado las costillas las unas con las otras.

Ya se figurarán ustedes que, á causa de la influenza, estas equivocaciones hacen que más de media población parezca alienada.

Ayer, hablando con don Pantaleón, un conocido mío, que tiene cinco seres de su familia ferozmente resfriados, le decía un caballero, terminando la conversación:

—Lo que yo le puedo asegurar, amigo, es que el asunto este va á ser sonado.

—¡Pero hombre! contesta don Pantaleón. ¡Hasta los asuntos han de ser sonados en esta estación. En mi casa sucede lo mismo. Todo el mundo no hace otra cosa que sonarse, de la mañana á la noche. ¡Y de qué modo! Mi cuñado, ya agotados los pañuelos, ha tenido que recurrir á un pedazo de suela para sonarse.

Como es natural, tras la enfermedad han empezado á caer los medicamentos. El último, de cuyo descubrimiento dan cuenta los

como enérgico tónico. Figúrense ustedes á dónde nos llevará el empleo del tal método curativo. Cuanto borracho hay en Montevideo va á adquirir la influencia con caracteres de dolencia crónica. Los almacenes en vez de «despacho de bebidas», pondrán: «Almacén y farmacia». Y los bebedores en lugar de invitar á sus colegas para «ir á tomar la copa», les convidarán á «ir á tomar la medicina.»

Y se dará el caso que se diga en una conversación de etiqueta:

—¿No sabe quién murió?... Fulano.

—¿Sí? ¿De qué?

—De la *influenza*.

—Pero ¿cómo yo no he sabido que estuviera enfermo?

—Es que la tuvo hace catorce años; la medicina es la que lo ha matado.

Como quiera, el descubrimiento ese servirá para disimular.

Sin embargo, no creo que el remedio sea eficaz contra la *influenza*, porque la condenada se ha empeñado en apoderarse de cada individuo durante cuatro días, cuando menos, y de ahí no hay quien la mueva, y probablemente solo lo conseguirá el cambio de estación, porque la verdad es que la que pasamos á vuelta á ponerse fría que no hay más que pedir.

Sin embargo (existe gente terrible) un profesor anuncia la publicación de una pieza musical, que titula: *Aires nacionales*.

¡Como para *aires* estamos en estos días!

**

Sobre Ministerio de Relaciones Exteriores, nada se ha resuelto, por lo menos hasta este instante.

Ya va perdiendo consistencia el rumor de que sería llamado á él el doctor Segundo.

Era natural. Hubiera sido un anacronismo llamar primero que á otro, á quien es Segundo.

Aparte de que, como quiera, el candidato tenía no pocos adversarios.

Aunque, á creer á un caballero enterado de lo que pasa en la casa de Gobierno, no hay razón para ello.

—Tratándose del Ministro de relaciones, nada habría que decir. Ahora si tratase de nombrarle para desempeñar el de Hacienda, ya sería otra cosa.

—¿Por qué?

—Porque ahora se habla de la fundación de un banco, y siendo el doctor Segundo Ministro de Hacienda, raro sería que no saliera el banco ese con tres patas solamente.

ARTURO A. GIMENEZ

Rasgos de pluma

—¡Te había perdido de vista!
¿Qué haces? Ahora gastas coche.
—Entré en casa de un cambista y entré con suerte...

—¿De noche?

—Vengo á verle á usted, doctor, porque mi bronquitis sigue y me acosa y me persigue que es un verdadero horror.
—¿Usted es?...

—Pintor escenógrafo

—Bien, veamos ¿Y era nervioso su padre?... ¿Tuberculoso? .
—No, señor; era fotógrafo.

—Mira, Juana, mira.

—¿Qué?

—Dos almanaques que anoche sin hacer ningún derroche baratísimos compré.
—¿Dos iguales?

—Sí, ¿qué tiene?

—¿Y para qué quieres dos?
—Por tener, ¡vágame Dios! para este año y el que viene.

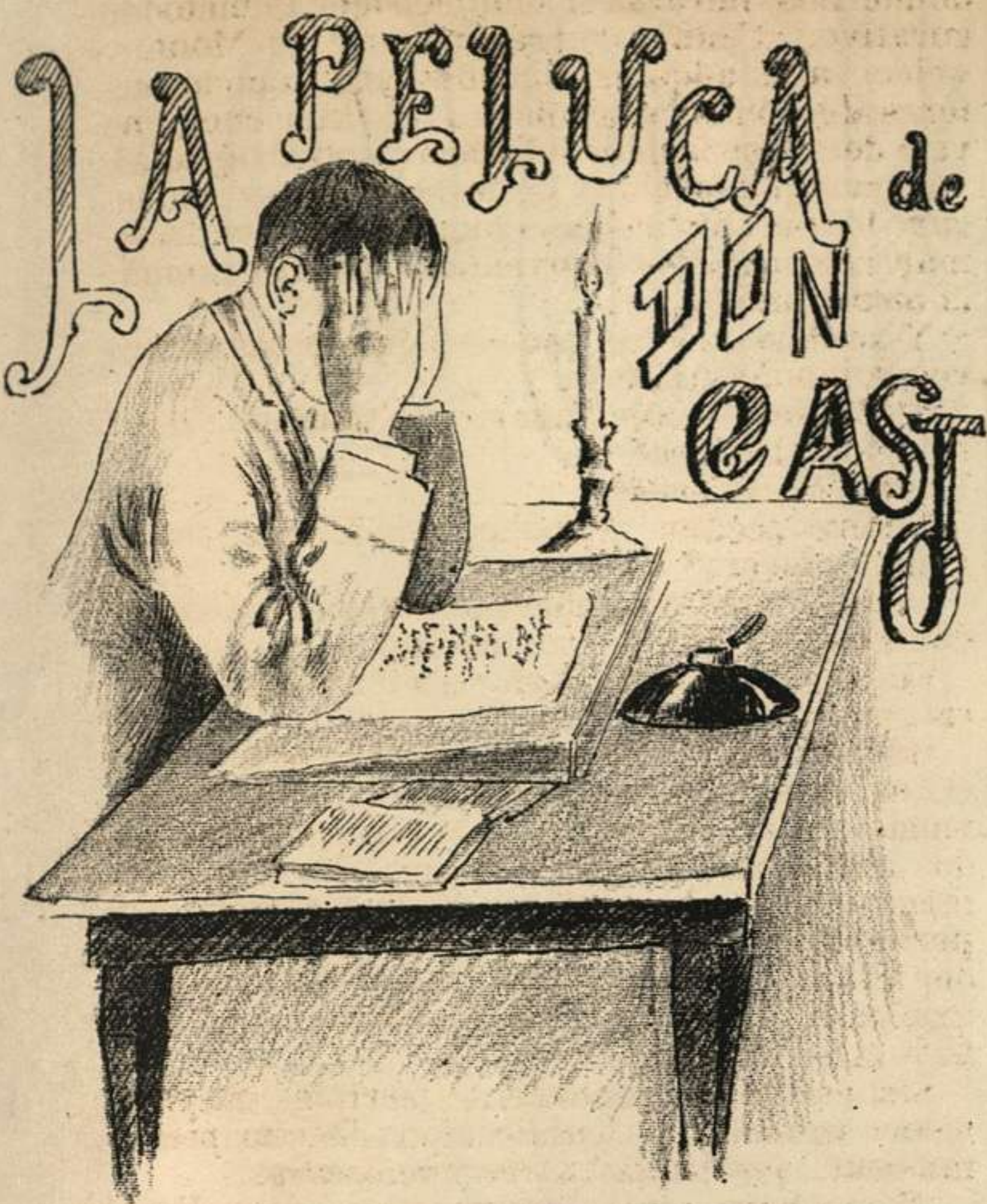
M. KFF.

EL ARTE EN LOS SALONES

NUESTROS AFICIONADOS



diarios, consiste en beberse una buena dosis de whiskey, que según el inventor, obra



SEGUNDA JORNADA

—Solo recuerdo que lloré y maldije
Y que en aquella noche envejecí.

Tal era el estribillo de las continuas, tácitas y desesperadas cavilaciones de Marcial al siguiente día del en que conoció á la jóven que debía adueñarse, inconscientemente, de su corazón virgen.

El no trataba de explicarse aquella pasión loca, renética, inconcebible que desde la noche anterior se había apoderado como por asalto de su corazón sensible, no, ni siquiera pensaba en ello. Marcial, sentado delante de su mesa-escritorio, con los codos apoyados sobre el pupitre y la cara congestionada por los efectos de la vigilia, de una vigilia de dolor y angustia, enterrada entre las palmas de las manos, no pensaba en otra cosa que no fuera la bella vision que lo había hipnotizado, encendiendo en su pecho la más ardiente llama que se haya experimentado por alguno de los enamorados célebres. El no sabía más, que se amaba delirante á la mujer extraordinaria que se le había presentado como en sueños y que le arrebatában traidora y cruelmente. ¡Oh, una pasión contrariada! El lo presentía. Había tardado mucho en dar cabida en su pecho al amor, pero una vez que esto había sucedido, había sido para dejar tamaños á Romeo y Julieta, á los amantes de Teruel y á todos los poetas grandes y chicos que, según dicen las crónicas, han muerto de amor.

El, sí, se moriría de pena y de amargura dentro de muy poco, si aquel fuego que le consumía no era apagado á tiempo. ¿Cómo era posible que su cuerpo débil, anémico, de mujercita delicada, resistiera tanto pesar, tanta desesperación, tanto sufrimiento?

—Solo recuerdo que lloré y maldije
Y que en aquella noche envejecí.

Y los sobadísimos versos becquerianos salían atropellándose de los labios, rojos por la fiebre, del pobre Marcial, que no encontraba más lenitivo á su desesperación, si no era recordando por centésima vez la hermosa, arrebatadora y sublime escena que lo había transportado á regiones de un bienestar infinito.

Lo recordaba bien. Su potente imaginación se lo retrataba como si sucediera en aquel mismo instante.

Caminaba á la ventura recitando una poesía de las más románticas de Becquer, su autor favorito, cuan-

do se le ocurrió entrar en la coquetona capilla de Lourdes, la antesala de las alcobas nupciales. Apenas puso el pié en el dintel de la iglesia—como pensaba él—cuando llegaron á sus oídos unas notas de armonium débiles y como esfumadas, que le parecieron de una música celestial, y producidas por instrumentos celestiales también. ¡Qué dulce era aquello! ¡Aquel lenguaje divino—porque así debía hablar Dios á los católicos—conmovía aún á los que, como él, no entendían una jota! Pero, en fin, era extraordinariamente soberbio. Era algo así como un imán que atraía y atraía y atraía. Y él acabó por entrar, convencido de que era llamado por un ser sobrenatural. Quizás Dios quería hablarle.

Una vez dentro, llamóle poderosamente la atención una seremonia que se celebraba en el presbiterio. La voz gruesa de un sacerdote masticaba ciertos latinajos; delante de éste y en actitud tímida, había dos jóvenes que enlazaban sus existencias; y éstos eran rodeados por una veintena de personas que atendían con mucha curiosidad. Marcial al principio miró con indiferencia, luego se fijó en el novio, hombre de veintiocho años, correctamente vestido, bastante buen mozo,—en aquel momento sintió en lo más íntimo de su corazón algo así como un átomo de envidia—y despues dirigió su mirada fuerte y perdida en la novia y ¡ay! experimentó una puntada aguda, agudísima, en el costado izquierdo de su pecho. Si no se agarra más pronto á la verja que hay junto al presbiterio, cae redondo, perdido el conocimiento, mareado por cierto enloquecedor perfume que despedía el rico vestido de la novia, y aturdido por el acto inhumano de que eran objeto él y aquella jóven, de rostro encantador, de una palidez de marfil y de unos ojos hipnotizadores. Le había mirado; sí, lo juraría; y en aquella mirada había como un pedido de ayuda, de auxilio, de socorro... ¡Ah! ese era el grito que había resonado en su cráneo en aquel instante: ¡Socorro! Era una víctima que los padres querían inmolar en aras de su egoísmo; era, en fin, su ideal, el ensueño de toda su vida, la Dulcinea que en vano había esperado hasta entonces. Se habían presentido. Se habían mirado, y ya se comprendían.

Y mientras así discorran los novios salían del templo, seguidos de la comitiva. Entonces empezó á correr como un loco detrás de su ideal, que le arrebatában de inhumana manera, y hasta ahogó un grito desgarrador para dar rienda suelta á la tempestad furiosa que se iba elaborando en su pecho. Cuando llegó al atrio, partía el coche conductor de dos corazones que iban á ser infelices toda la vida, según creía Marcial. Y no era esto solo sino que le hacían también desgraciado para *in eternam*.

La prueba estaba en que durante toda la noche no cesó de sufrir atrocemente, hasta el punto de que el sueño no acudió á sus ojos, ni la tranquilidad á su corazón. Su consuelo estaba también en la lectura de las confesiones de aquel otro ser desgraciado que se llamó Becquer, á quien él amaba entrañablemente y con el cual se identificaba á medida que iba leyendo sus obras que le sabían á néctar y ambrosía, que se parecían á la música hechizadora del armonium, oída desde el dintel de la iglesia. ¡Oh! ¡Cuántas veces leyó aquella preciosa anécdota que le pasó á Becquer, al mismo Becquer, cantada poéticamente en el célebre artículo *Las tres fechas!* ¡Dios mío! Si sería también él, el pobre Marcial, un pequeño Becquer, á quien también estaba reservado cantar al amor desgraciado, y descubrir por do quiera doncellas torturadas por alguna pasión, ver á cada instante manos blancas en las ventanas de los conventos, ojos negros detrás de celosías, vestidos blancos de recién desposadas y oír ayes del alma, gritos de desesperación, voces de socorro. ¡Quién sabe! El siempre había sentido dentro de su ser algo extraordinario, anormal, que no era herencia de su familia. Si él fuera espiritista, diría que Becquer había ido á parar á su cuerpo. Y lo cierto es que él, desde que estaba en Montevideo, de estudiante, no hacía más que leer los escritos de Becquer, y se había compenetrado tan bien con ellos, que ya se animaba á seguir la labor de su maestro. Sus primeras tentativas no le habían ido tan mal. Más gusto encontraba en recitar aquellos sonoros versos:

—Solo recuerdo que lloré y maldije
Y que en aquella noche envejecí

que en aprenderse de memoria el fastidioso *musa, musa*. Bien es verdad que á los veinticinco años son algo duras de pelar las declinaciones, despues de haberse embotado las facultades *atorrando* en medio de la campaña. Pero lo que es ahora, él estaba bien dispuesto á estudiar y hacerse literato, porque preveía que pronto tendría que postrarse á las plantas de su bella Dulcinea, y no era cosa de que ella conociera que no era un talentazo. Plata no le faltaba. Era libre como el pajarillo del campo. ¿Qué más deseaba? ¿Qué? Pues, saber cuál era el paradero de aquella jóven que lo había seducido, hipnotizado; cuál era la cárcel donde gemía y desde dónde lo

llamaba á gritos que le partían el corazón. ¡Y tanto como se lo partían!

—Solo recuerdo que lloré y maldije
Y que en aquella noche envejecí.

Repetía Marcial fatigado por una noche pasada en vela, y desesperado por no saber donde vivía su ideal soñado, ni siquiera cómo era el nombre de su adorada.

De pronto, la voz de un pillete vociferando por la calle el título de un diario de la tarde, le sustrajo á sus cavilaciones y le sugirió la idea, la feliz idea de comprar el diario para mirar la sección de los casos.

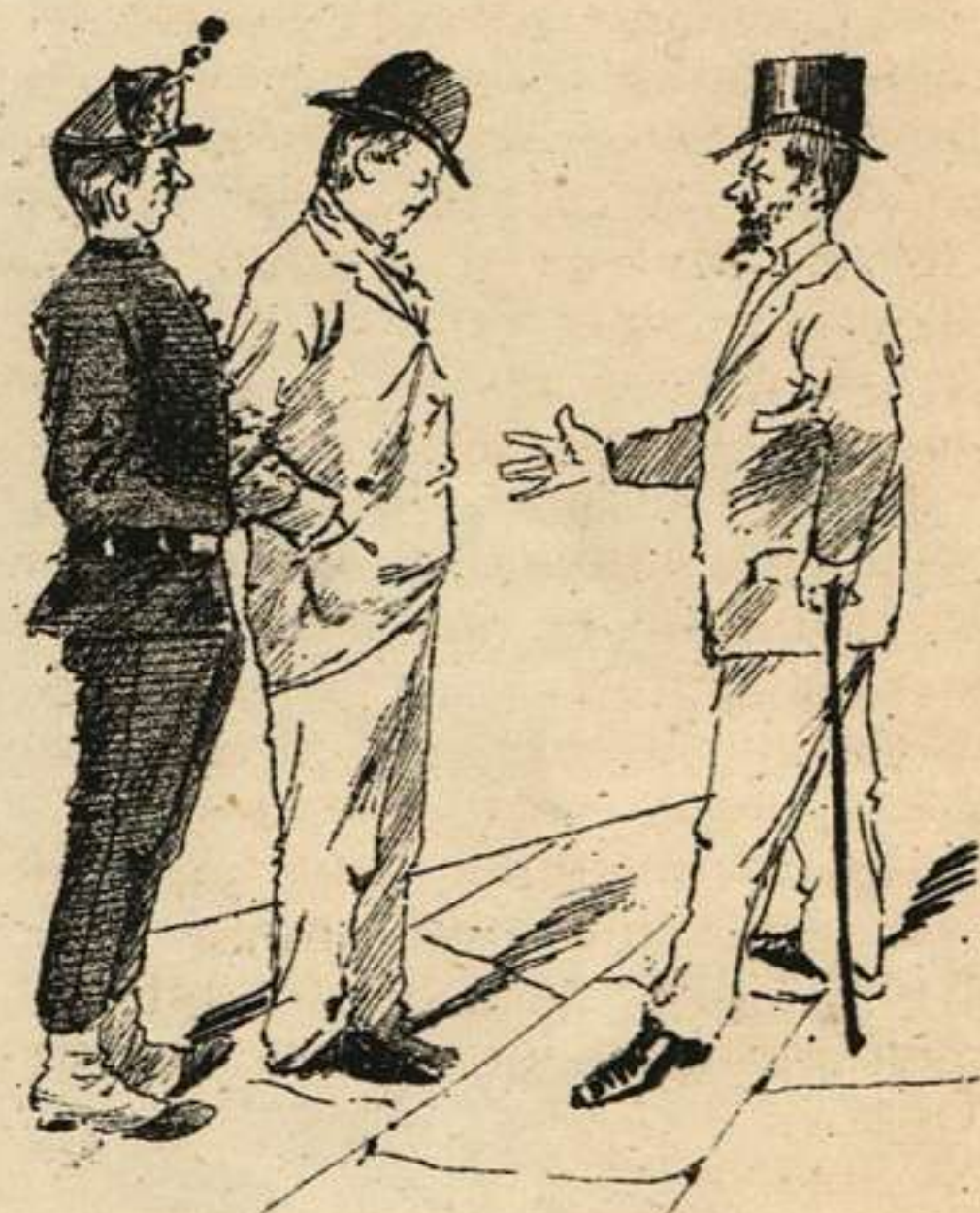
Dicho y hecho: á los pocos minutos Marcial se enteró de que en la capilla de Lourdes se había casado con el jóven Mauricio Perez la señorita Rosario... —¡Oh, Dios mío!—exclamó Marcial.—¡Qué nombre precioso!

Continuó leyendo: «Anoche mismo partieron en ferrocarril expés para San José, en donde les esperaba un coche que había de trasladar á los desposados al chalet que el novio posee en el pintoresco paraje llamado el Arroyuelo que dista una legua del pueblo.»

Leído esto, Marcial dió un salto, se dirigió á su dormitorio y se dispuso á arreglar su ropa y otros utensilios para marcharse á San José en el primer tren que para allá saliera.

(Continuará)

J. Torrendell.



El tesoro escondido

Un hombre, en aciago día, á un pobre tenor mató y lo peor es que el tal era muy amigo del tenor ó al menos lo parecía, pues siempre andaba con él en el paseo, en el teatro y en coche y en el café. Mas una tarde, concluida una larguísima charla que con su amigo sostuvo, dióle un tajo en la garganta con tanta seguridad y tal acierto, aquel bruto, que, sin más trámite, allí dejó al cantante difunto. Descubierto el crimen, fué el feroz tenoricida llevado ante el comisario Nuñez, de la sección quinta; llegó allí tan abatido y tan triste el hombre aquel cual si no hubiera logrado su objeto bastante bien.

—Por qué está triste? le dijo el comisario.—Yo creo que ha cumplido usted su antojo pues al tenor dejó seco que era lo que usted quería lograr al darle tal tajo. ¿O quería usted que siguiera viviendo así degollado? Vamos á ver, ¿y por qué dió muerte al pobre tenor que era su amigo? ¿Fue acaso por venganza ú odio?

—No, señor comisario. Fué una fuerza irresistible.

BUSCANDO



Mientras Julio no disponga
que estos cesen de bailar
su infernal *ronda catonga*,
nuestro Diógenes hallar
no podrá su hombre, que es serio,
¡muy serio! eso de encontrar
quien merezca un ministerio.

CHIRIPÁ

FOR EVER!!

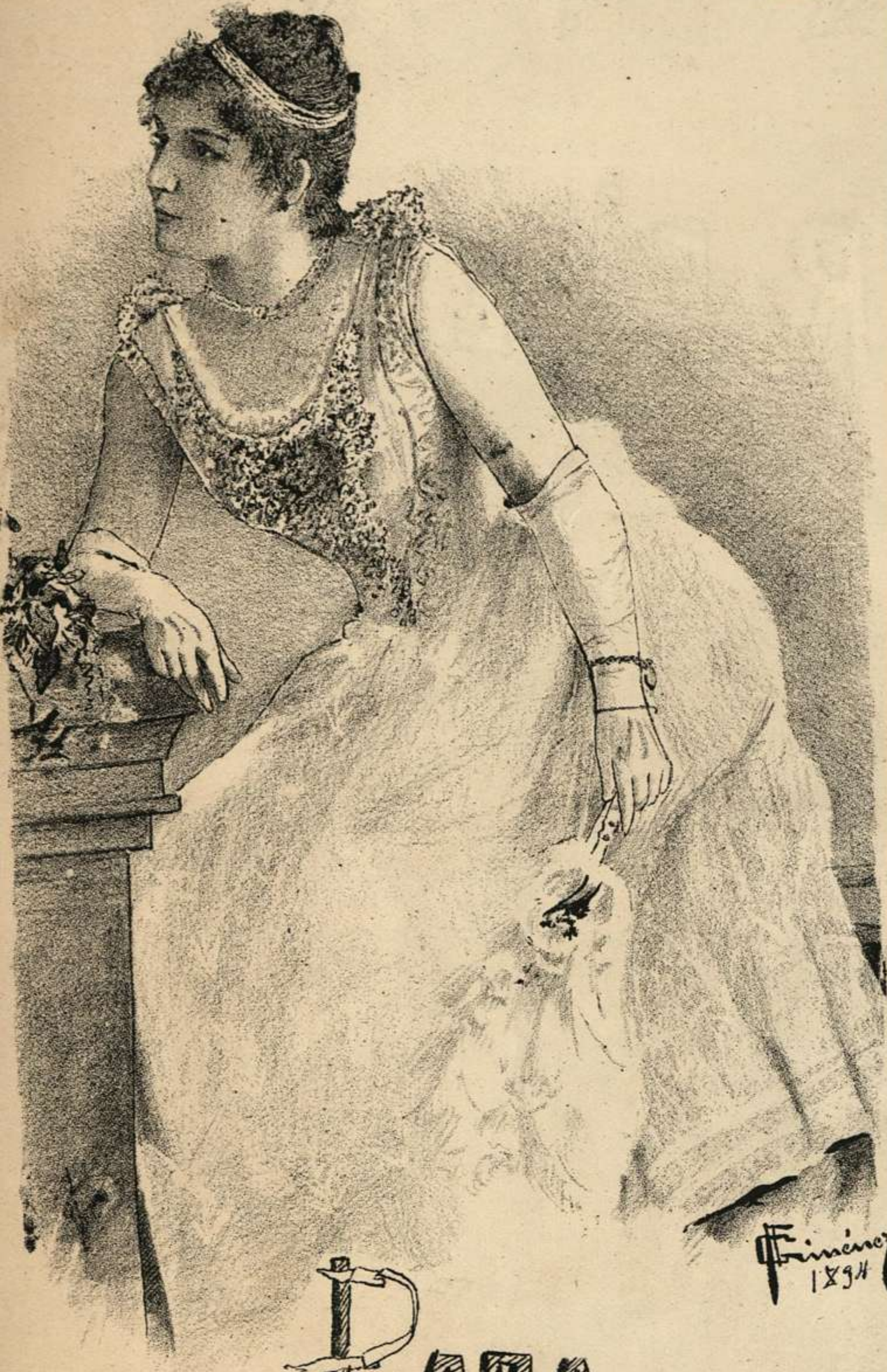


Su afición al *chiripá* á este empeño le ha metido y ha jurado y prometido no dejar con vida un *frá*.

Si hacemos caso al doctor, pronto, me parece á mí, como lujo superior hablaremos guaraní.

que á ello me llevó, y estoy repentino de lo que hice. ¡Pobre Pini! Me tentó el tesoro que me dijo que tenía muy escondido! —¿Un tesoro?—Sí, señor; me había dicho ayer en casa que tenía escondidos muchos millones en su garganta!

NEMO.



PARA ELLAS

... Fué una noche espléndida; nunca he visto los salones del Club Uruguay tan concurridos y tan regiamente adornados, desde la puerta de calle hasta el último saloncito. ¡Cuánta luz, qué combinación tan deliciosa de matices, brotando de entre las plantas, de los adornos, de techo y molduras, de todo, en fin, convertido en pequeños soles centelleantes y deslumbradores! Y en medio de esta orgía de luz, la concurrencia andaba, se entrecruzaba, se detenía un momento.

¡Cuántos fracs, cuántas pecheras inmaculadas, cuántos uniformes! Entre todo esto, como una nota más saliente, más suave, más lijera y vaporosa, las niñas, todas ellas encantadoras, adorables, con sus vestidos claros, rosas, celestes, blancos, cremas, adornados de flores y tules, leves, vaporosas, realizando cuerpos gentiles y arrogantes, toda aquella deliciosa primavera juvenil. Miré, vi á todas, como en un sueño, como visiones arrobadoras, que pasaban y pasaban, lenta y suavemente... No se podía escoger, todas eran iguales, se confundían, bellas como hadas, ligeras como ondinás. Pasaban y pasaban. Pasaba Elena Hordeñana, Panchita Belgrano, Matilde Brayer, tres princesas, elegantes é irresistibles... Fracs, fracs... ¡Ah! Ahí vienen Josefina y Blanca Perey, Adriana Montero, Celia Gomenosoro, Nina Baring, ¡qué grupo! todo un vergel fresco y adorable... ¡Cuidado señor general, deje usted el paso á esas niñas!. Ema y Enriqueta Castro, dos azucenas radiantes, sin pero; María y Elvira Moratório, preciosas las dos, cautivando con su distinción y encanto; Esther Acevedo, Casilda Rodríguez, María Brito del Pino, lindísimas, tres estrellas refulgentes; María Mercedes y Adela Suarez, las encantadoras hermanas, siempre adorables, siempre

bellísimas; Lia y Rosa Aguirre, Ema Pareja, María Teresa Hughes, ¡cuánta hermosura, cuánta gracia bajo los tules de sus leves vestidos! Y... ¡pero, Dios mio, no sigo! Me deslumbro y deslumbro á Vds. con este mágico desfile de beldades aumentado con el concurso de las señoras, tranquilas y satisfechas con su hermosura ya entronizada, que nada desea, que nada envidia.

Pero siento un lijero murmullo. ¿Qué es? El señor Presidente, su señora y el Ministro del Brasil doctor Victorino Monteiro. El señor Presidente... Pero... chist! No recordaba que escribía para un periódico satírico. Y mientras pasa S. E., otras parejas y otros grupos pasan siempre en medio del mismo deslumbramiento de luces de todos matices, que encienden entorchados y arrancan fulgores á joyas y superficies bruñidas, en tanto que los fracs oscuros no tienen más luz que en las blancuras del hilo y el elegante zapato de charol, ó algún diamante nublado en satinada pechera; y se percibe en el ambiente tibio y perfumado de las salas, ruidillos de abanicos, roces de faldas, susurros, toda esa confusión de ruidos que de pronto los acordes de la orquesta apagan y desvanecen en los rápidos jiros del wals.

Quisiera hablar también algo de los hombres, pero la mayor parte son ya muy conocidos y los extranjeros no los conocía. Me enseñaron uno, el General Leite Castro, que conversaba con el señor Ministro de la Guerra don Juan J. Diaz. Leite Castro es un hombre como de cincuenta y cinco años, delgado, de estatura mediana, canoso, enhiesto y como encajado en su cuello militar, sobrio en ademanes, lento en el hablar; mientras hablaba, el general Diaz saludaba inconscientemente, muy flamante nuestro ministro, con sus ojos japoneses, sus bigotes disparados en ondas desgreñadas hacia las sienes, su vivísima banda roja, sobre los entorchados y las medallas. Estaban en el patio, alfombrado de rojo, con plantas alumbradas; reinando allí una tranquilidad de sitio de espera y desahogo.

Después de penetrar un momento en el buffet, dirigime hacia el *Puente de los suspiros*; deliciosamente arreglado con verde de hojas y luces de colores, pareciendo un gran nido silvestre adornado para una fiesta secreta de la naturaleza. En aquel momento estaba solo; llegó de pronto una joven pareja y al verme, se detuvo allí como molestada. Sali dejándolos solos, mientras alrededor mio continuaba el mismo movimiento de jentes, el mismo deslumbramiento de luces de aquellas pupilas de colores centelleantes é infatigables; y andando recordaba en la niña que había dejado en el *Puente de los suspiros*, hermosísima, seductura, y que tenía en sus pupilas, con ser muy oscuras, más luz, más irradiación que todos aquellos focos incandescentes.

ALINA DORÉ



¿Eh?...
¿Teatros, han puesto por título á la sección?

¡Ya!
Que si no existieran *San Felipe* y *Pastor*, se quedaban ustedes sin mi crónica, es decir, me pasaba yo sin que ustedes leyeran mi crónica.

¡Y decir que hace 8 dias apenas, funcionaban en Montevideo seis teatros, á saber: Solis, Politeama, *San Felipe* y tres teatros de titeres *construidos* con motivo de la fiestas!

¡Sic transit... número teatri!...

Ya Solis, mudo, triste, solitario, abandonado por todos aquellos hijos del arte que le llenaran poco ha con su talento, mira con los ojos asombrados de su viejo sol, la plazoleta vacía, sin aquellos grupos de cómicos y revendedores que protegidos por él... f ¡Pero señor! ¡Que no sea yo capaz de hacer una rase que parezca el eco de una campana tocando... á algo que la haga resonar de la manera más solemne que darse pueda!

De fijo que don Manuel Anaclético Silva me desprecia!

¡Qué le hemos de hacer!

Hablemos de *San Felipe*.

Romea se marchó. En cambio se estrenó *Reig*, y á fé que vale la pena ir á ver á *Reig*; es un artista de valer, correcto y simpático.

Esto por lo que hace á estrenos de artistas En

lo referente á estrenos de obras, hasta el momento en que escribo, solo se ha consumado el de «*Infantería Rusticana*», que, como tontería de calibre,



MARINO MANCINELLI

no tiene rival; es portentosa. A fé que bien harían en cambiarle el título por el de «*Tontería Rusticana*» y mandarla al archivo.

Es de advertir que á la jente que asistió á su estreno, no se la indemnizó del mal rato. Lo denunciemos á la autoridad competente.

Felizmente, nada más hay sobre estrenos.

¡Ah, sí! ¡Pues no ha de haber!

El *Jués* se estrenó... ¡Carmona!

¿Pero hay quien cree aún que el querido tuerto puede estrenarse?

¡Qué cosas tienen los redactores de los programas!

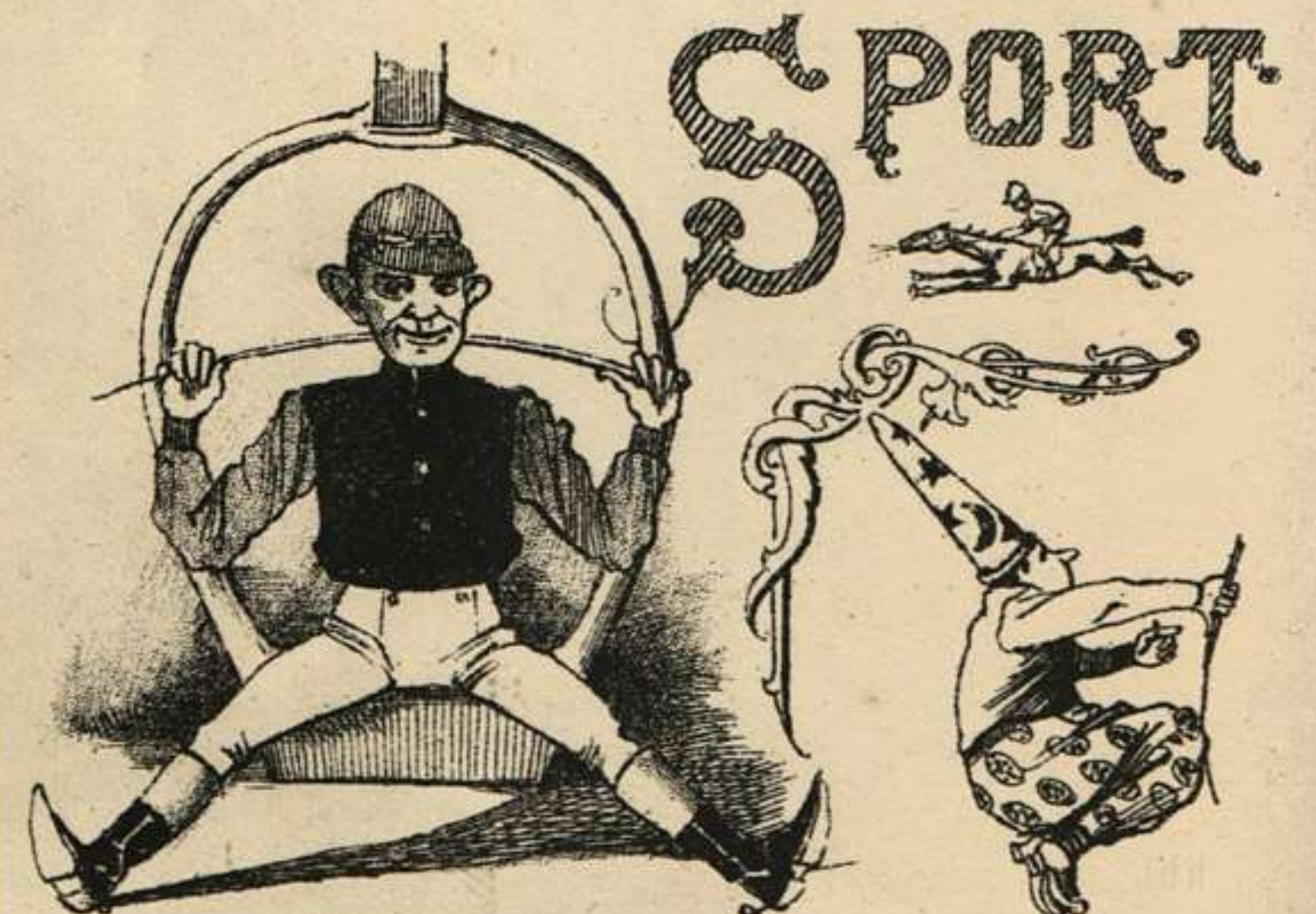
En cambio de novedades, que faltan en absoluto, damos á ustedes hoy el retrato del maestro Mancinelli, nuestro conocido y admirado director de orquesta de hace cuatro años, cuya trágica muerte nos ha comunicado el telégrafo.

La Empresa Ciacchi anuncia el próximo estreno del gran *Novelli*.

Que es como decir: «Señores; el arte será con vosotros.»

Y á propósito de *Novelli*; ¿no les parece á ustedes que, para el espacio de una columna que habían concedido á mi crónica, la he calculado bastante bien?

RE BEMOL



Pensaba ocuparme extensamente de las carreras de hoy, pero me avisa el regente, que le falta espacio, y que me concrete á hacer los pronósticos. A ello me someto y he aquí los pronósticos de las diferentes pruebas que se correrán hoy:

«Premio Setiembre»—1750 metros—Dora.

«Premio Rapidez»—1000 metros—Audinot, Tontina.

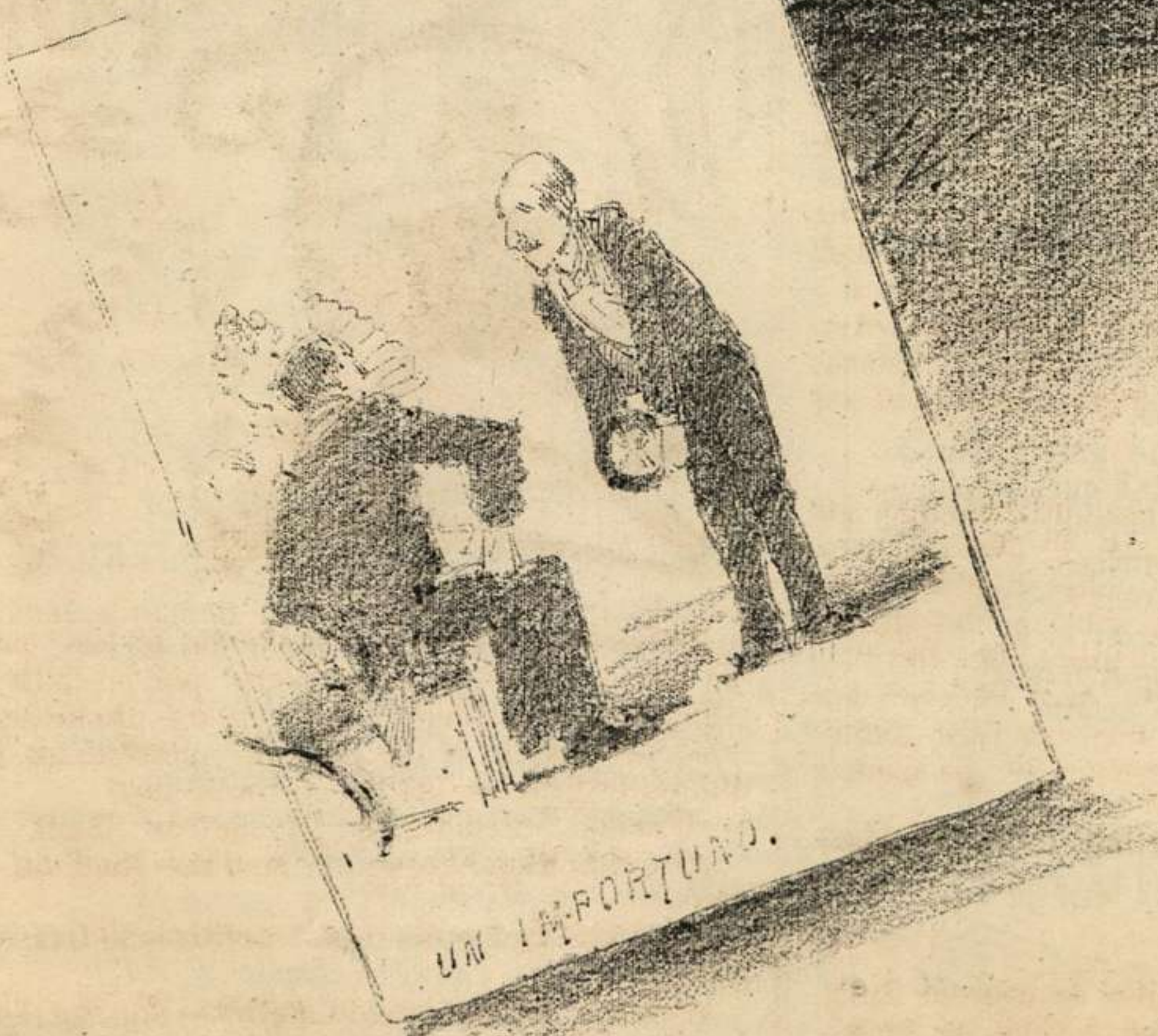
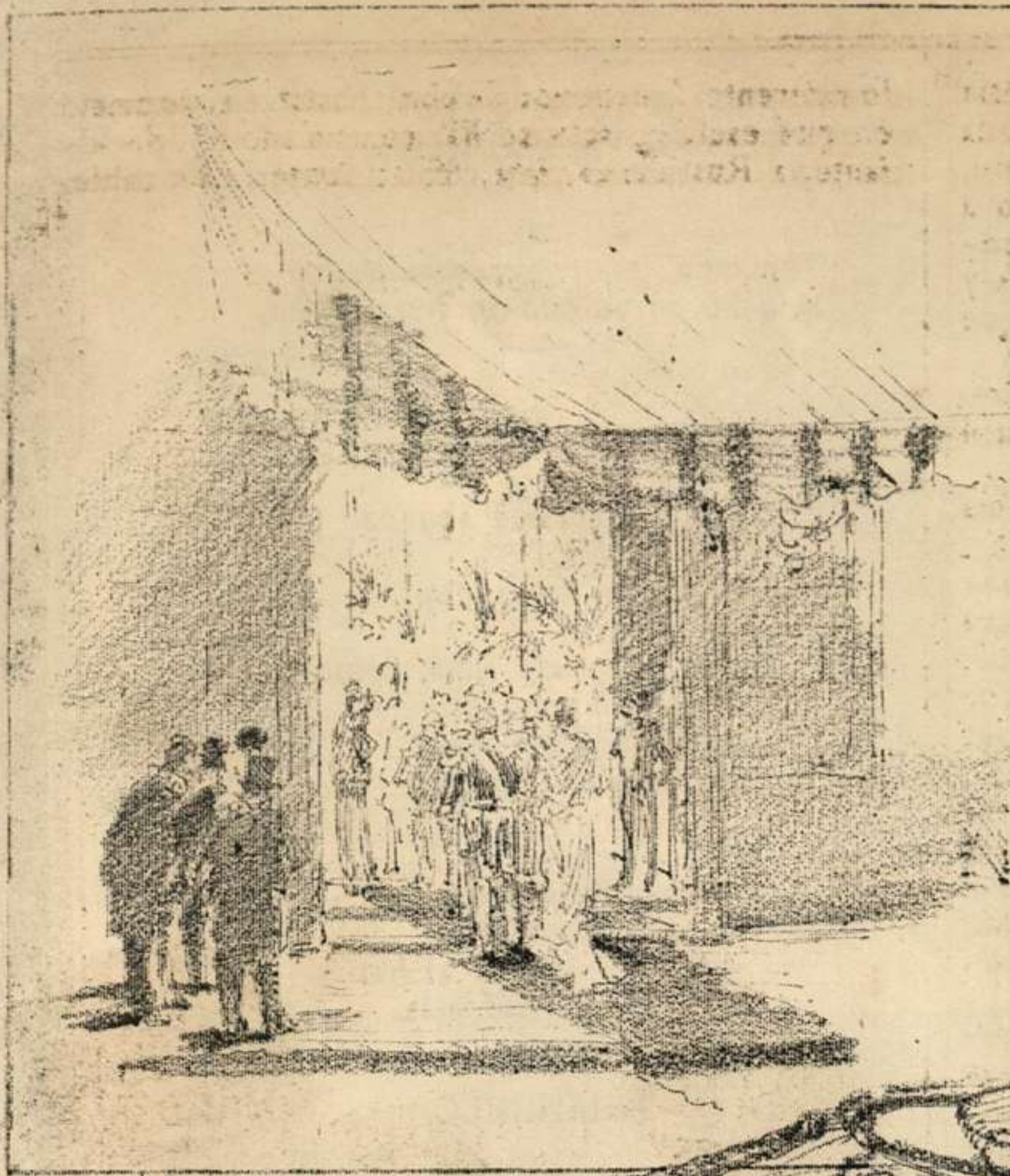
«Premio Pampero»—1400 metros—Solista, Serpentina.

«Premio Medea»—2000 metros—Zig Zag, Colibri.

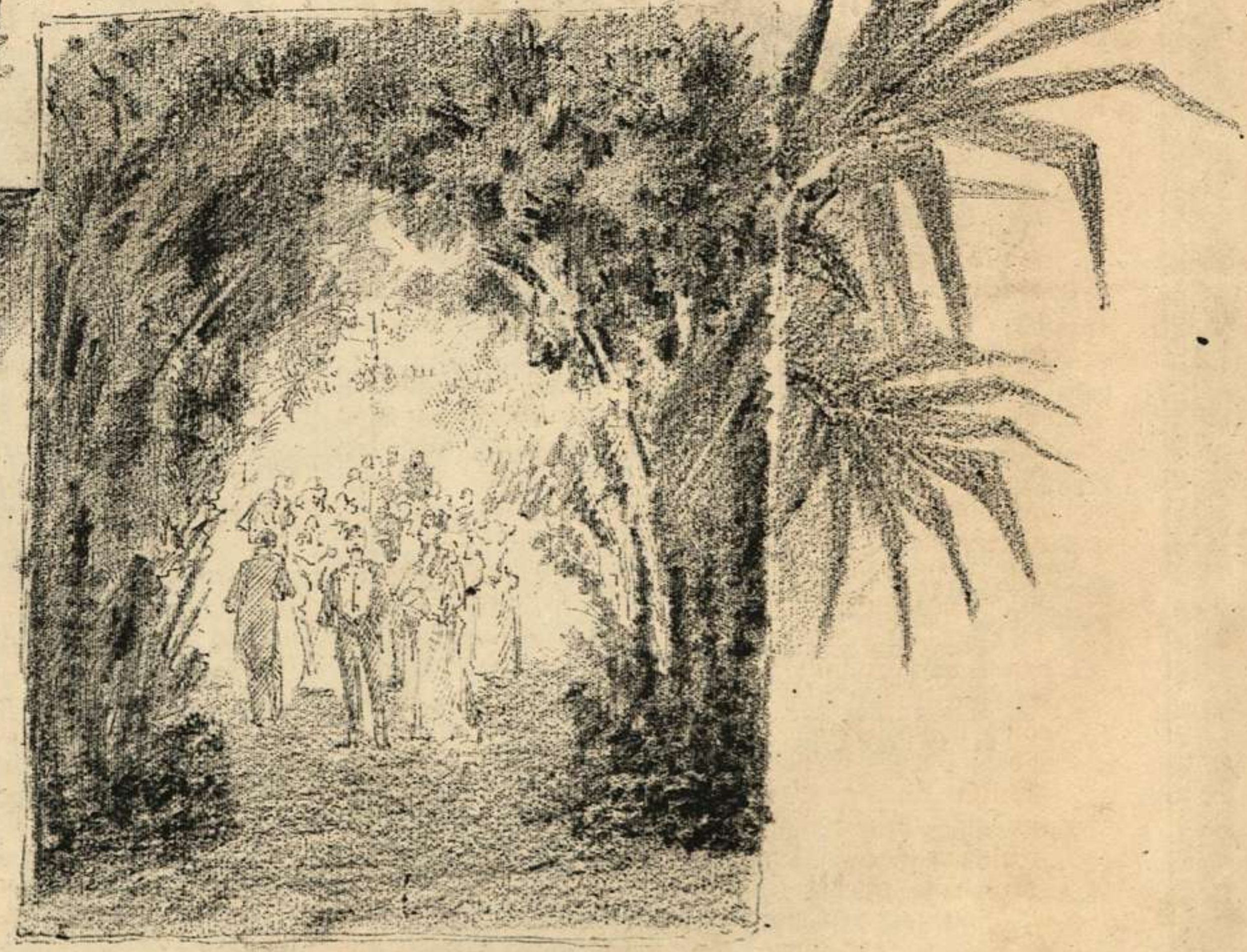
«Premio Júpiter»—1750 metros—Atrevido, Cama.

ZAPICÁN.

THE CLUB URUGUAY



UN IMPORTUNO.



Gracias



Son tus ojos dos espaldas que pintaron con sus bellas de la virgen los gorrinos? No vendieron pantalones? Para pantalones viejos?

Nuestro colega «La Tarde» á quien debemos mil gracias por las benévolas frases de elogio que ha dedicado en distintas ocasiones á nuestro dibujante *Wimplaine*, dice ocupándose de nuestro anterior número, que le ha producido mala impresión la impresión de él.

Tratándose de un número que salió espléndidamente impreso, si se exceptúa tan solo la caricatura, cuya mala impresión explicamos en el mismo número, nos ha extrañado sobremanera la afirmación del colega, á no ser que considere el periódico constituido únicamente por la página de caricatura.

Y hoy le mandaremos el ejemplar ya cortado para que su juicio sobre ella no alcance á todo el periódico.

Y le rogamos que lo abra. Y que considere que esto lo decimos solo para sacarlo de error. Y... y acabamos con las *les*.

Ahora que la guerra de Corea ha puesto de moda todo lo qua al celeste imperio y al Japon se refiere, un diario, ocupándose del emperador de la China, dice, entre otras cosas, que el tal usa las uñas de... de qué se yo cuántos centímetros de longitud.

Si en países en que los gobernantes usan las uñas cortas, ha sufrido tanto el público erario, (que ahora y antes países y gobiernos así ha habido,) ya me figuro qué horas tan amargas pasará el pueblo chino, que es regido por un príncipe que usa uñas tan largas!

—¡Pero bruto! ¿Para qué estás cortando en pedazos las velas de ese paquete?
—Es que como usted me dijo que aprovechara, para acostarme, los cabos de vela...
—¿Qué?
—Que como nos habia en casa, los estoy haciendo.

El coronel Juan M. Villar ha sido victima de un robo consistente en su espada de gala y los correspondientes tiradores.
Pues de una manera sola podrá ya al caco encontrar, y eso, por ser él *billar*; si le halla, es por *carambola*.

Empezamos hoy á publicar en una galería especial, los retratos de nuestros más conocidos aficionados y aficionados á las artes.
En fin, el arte elegante en masa, desfilará ante ustedes, gracias á esta debilidad nuestra (estilo verbenista) que nos llevará á la ruina, si seguimos en la misma de hacer de ustedes los lectores más favorecidos de la casta de lectores.

Generoso Requemado preguntaba hoy á Marcial

que en el Brasil ha viajado buscando cura á su mal:
—¿Qué le pareció el Brasil? Que es hospitalario han dado en decir todos. ¿Qué tal?
—¿Si es hospitalario? ¡Digo! como tal no tiene igual, es casi hasta exagerado; lo juro á fe de oriental; figúrese, compañero, (¡hospitalidad fatal!) que el tiempo que allí he pasado lo pasé en el hospital.

—¡Eso es! En vez de estudiar tu lección de geografía te has ido á pasar el día en casa del diputado ese.

—Fui á estudiar allí, mamá.
—¿En qué libro, cuando dejaste el tuyo aquí?
—En el diputado mismo. Como representa un departamento...

Maria Fernandelli, casada con Angel Gambeta, hace apenas seis meses, ha dado cuenta á la policía de la desaparición de su esposo, la que casualmente coincide con la de todo el dinero que en la casa se hallaba

Y ahora ¿quién á ese sujeta? A fé que es cosa graciosa ¡Pues no es chica la gambeta que Gambeta ha hecho á su esposa!

(El vendedor).—De estos mismos zapatos que imitan bota se ha mandado ayer hacer dos pares más doña Aurora. (La niña de la que entonces actúa de compradora, aparte.)

—Dime, mamá ¿se ha hecho dos pares de botas, es decir, cuatro botines la señora doña Aurora? ¡Pero señor! ¿Cuántos pies tendrá esa buena señora?



- F. Mérida—Montevideo—Creo en Darwin.
- G. Narigon Idem—Tendrá usted G. Narigon mucha nariz, más de fijo, en vez de cabeza, hijo, le dió á usted Dios un melon.
- F. G. Florida—¿Conque se aburre usted? No hombre, no. El que se aburre soy yo, gracias á usted.
- Luis Maria—¿Cree usted Luis Maria que si alguno fuera á pegarle un tiro yo le salvaría?
- Pillincan—Pando—De can, tiene usted mucho, pero de pillin... ¡qué, hombre, qué!
- M. S. O—Montevideo—Si á mí me dijeran que usted no era bárbaro, yo no creería. ¡Palabra de honor!
- C. C.—Idem—Si escribiera usted uno un poquitillo más animado... Vamos, animese!
- Centauro—Idem—¡Pero, hombre! Cualquiera al leerle, le toma á usted por un cerrojo con orejas!
- Baradó—Melo— Señor Baradó, si me quiere oí... no vuelva á escribir, que eso es lo mejor.
- Miriam—Id—Le falta un poquito de gracia. No de chiste ¿eh? de gracia. Usted que, á lo que creo, sabe literatura, me entenderá. Y vaya un aplauso á su constancia.
- P. Nolasco—Rocha—He llegado á creer Nolasco, al leer de su escrito el fin, que tiene usted algun peñasco metido dentro el magin.



CHARADAS

Tercia y primera en la guerra; la segunda conjunción,

y de mi todo se ocupa mucho la historia, lector.

Vicioso.

Tomando dos, primera-dos-tercera manchó su vestido de tres primera.

Onarres.

Es letra de gran estima prima En el pentagrama abunda segunda Lo lleva mi lavandera tercera

Tengo un primo subteniente que ha sido muy calavera, y que le llama la jente prima segunda, tercera.

Reglero.

—Oye, primera-dos la todo ¿donde está?
—Se fué á lavar al tres y no la he visto más.

Calvo.

TRIANGULO



Leer vertical y horizontalmente: 1.º provincia de España, 2.º mujer, 3.º participio, 4.º cantidad, 5.º mujer, 6.º tiempo de verbo y 7.º vocal.

CAPRICHOS DE LETRAS, POR VELAY

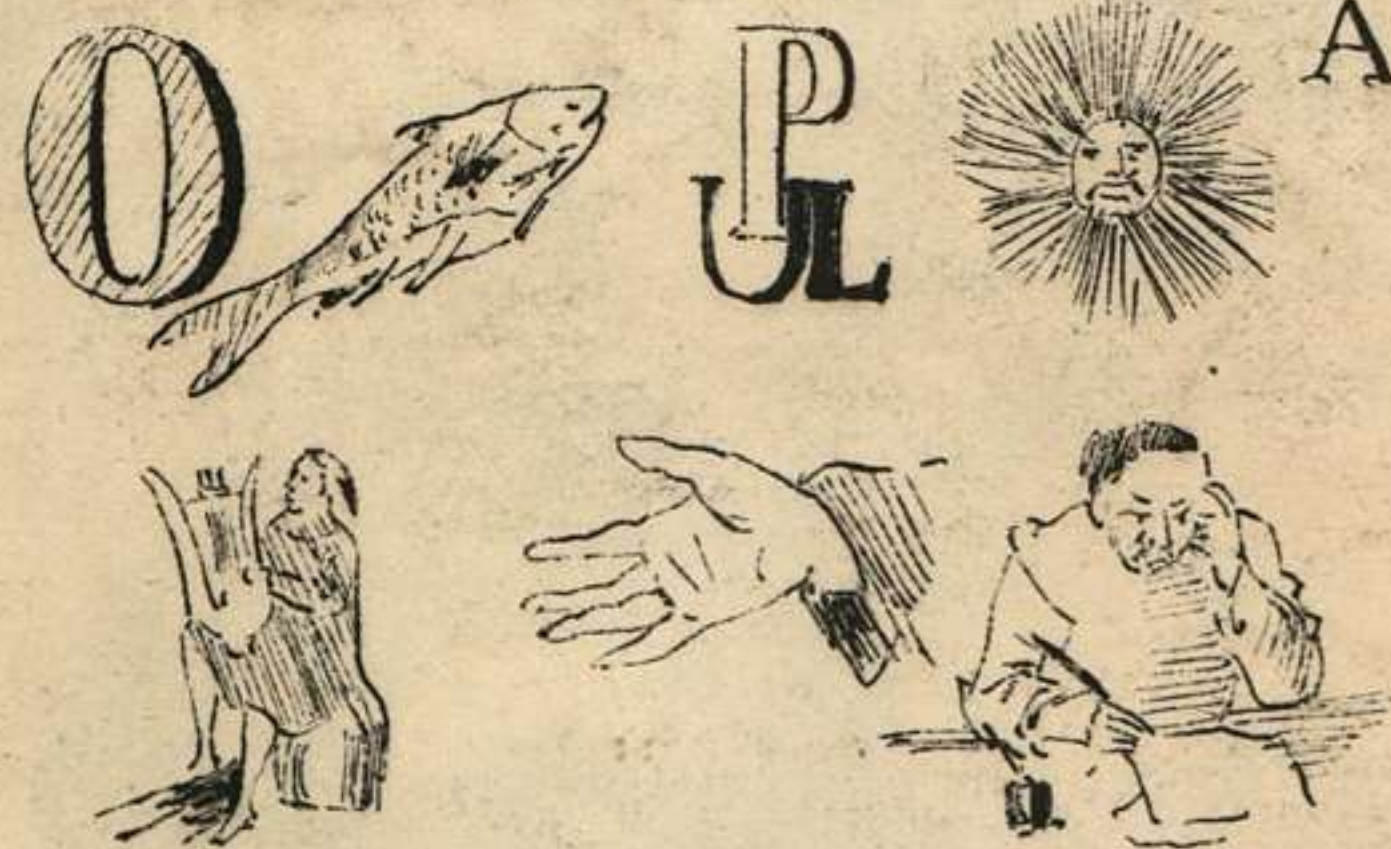
. A * U .
. E * O .
. I * I .
. O * E .
. U * A .

Sustituir los puntos y estrellas por letras de modo que se lean cinco palabras castellanas. La letra correspondiente á las estrellas es la misma en todas

LOGOGRIFO, POR GUITARRA

Busca un nombre de varón con seis letras nada más, y á ver si encuentras tres cosas que la veras en el mar; la que está en el manicomio, un preciado mineral, hortaliza, flor, juguete, dos notas, una ciudad, un animal hablador, producto para pintar lo que tienen las iglesias, dos nombres del Santoral, cosa que todos tenemos, lo que sirve pa guardar, vehiculo, juego, teatro .. y no digo nada más, porque con lo dicho basta para poderme acertar.

JEROGLIFICO



SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

- AL GEROGLIFICO—Roma en otro tiempo extendió sus vastos conocimientos al rededor del mundo.
- A LA TARJETA MÁGICA—Yema, Ural, Goya, Osos.—La enviaron: Lalin y Arturo, Aurora A., Luis, Calixto, F.F.F., Tu y yo, Gonzalito y Smakor.
- AL LOGOGRIFO NUMÉRICO—Escribano.—La enviaron: Aurora A., Luis, Calixto, Smakor, Tu y yo, F.F.F., Gonzalito, Lalin y Arturo y Fifi.
- A LA ADIVINANZA—Abel.—La enviaron: Calixto, Aurora A., Tu y yo, Gonzalito, Smakor y F.F.F.
- A LAS CHARADAS—1.ª Beso.—La enviaron: Smakor, Fifi, Calixto, Tu y yo, y F.F.F.—2.ª Andalucía.—La enviaron: Los mismos.—3.ª Campoamor.—La enviaron: Luis, Calixto, F.F.F. y Smakor.